

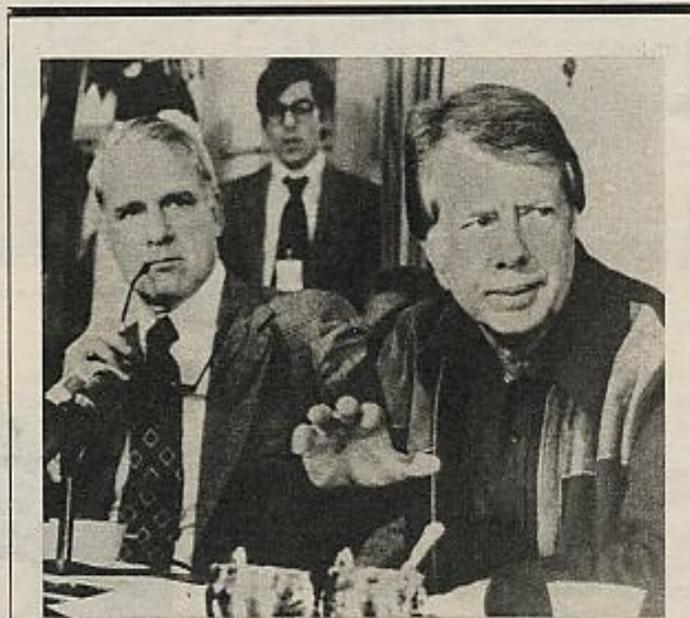
LA contadición entre la imagen de un Carter moralista y su política favorable a los intereses de los grandes monopolios cada día es más manifiesta. Hace unas semanas, en una escena buñuelasca ante miles de televidentes: en los jardines de la Casa Blanca, Carter, con los ojos lagrimeantes, daba la bienvenida al Sha de Persia, que se llevaba el pañuelo a los ojos y, detrás de él, todo el séquito de damas, generales y altos funcionarios hacían lo mismo y tosián; sobre ellos los jirones del gas lacrimógeno con que la Policía, afuera, cargaba contra los miles de manifestantes persas que protestaban la presencia del tirano.

En su programa energético, Carter habla de conservación, de austeridad y de promover fuentes alternativas de energía; sin embargo, sus críticos advierten que las capas populares son las que pagarán la austeridad y las grandes corporaciones las beneficiadas con un programa cuya prioridad es el desarrollo de la industria nuclear. No es ninguna casualidad que el director general de Energía nombrado por el Presidente, Schlesinger, fuera anteriormente ministro de Defensa y director de la Comisión de Energía Atómica. Hasta un periódico del "establecimiento" como el "San Francisco Chronicle" ha denunciado cómo la Administración pone todo su peso y el dinero de los contribuyentes (3.400 millones de dólares se han apropiado este año para la energía nuclear) en la industria nuclear, mientras que la atención a la energía solar es mínima, pues, como observa una de las fuentes citadas en el reportaje, la "Standard Oil y las otras corporaciones energéticas no tienen la propiedad del Sol".

Esta política económica por parte de un Presidente elegido por las mayorías populares empieza a dar impulso al movimiento Pueblo contra poder nuclear, que este otoño, organizado a nivel nacional, aparece en pie de lucha, fortalecido por las ocupaciones de las centrales atómicas de Seabrook, New Hampshire, el 1 de mayo, y de Diablo Cañón, el 7 de agosto. Bien pudiera ser, como anuncia Daniel Ellsberg, que la cuestión

de la energía nuclear fuera la próxima gran lucha política en los Estados Unidos. El movimiento se propone un doble objetivo: parar la concesión de permisos y el funcionamiento de las centrales nucleares, promoviendo, al mismo tiempo, fuentes alternativas de energía y abolir todas las armas nucleares, canalizando el tremendo gasto en armamentos a satisfacer otras necesidades humanas básicas. Pues no hay dos átomos

energía nuclear: continua emisión de radiación (un reactor grande acumula en un año el veneno radioactivo de 1.000 bombas de Hiroshima), contaminación del agua y del medio ambiente, acumulación de residuo nuclear, que hay que almacenar por miles de años; producción de plutonio, una de las sustancias más letales para el ser humano; peligro de accidentes catastróficos causados por accidentes operacionales, desas-



No es fortuito que el director general de Energía nombrado por el Presidente, Schlesinger, fuera anteriormente ministro de Defensa y director de la Comisión de Energía Atómica.

EN EE. UU. CONTRA EL PODER NUCLEAR

VICTOR FUENTES

—uno pacífico y el otro militar—, sino que los dos son el mismo átomo.

La investigación y la práctica revelan que el uso "pacífico" de la energía atómica puede ser tan devastador como el militar, además de que, como está demostrado, lleva a la proliferación nuclear. Insiste este movimiento, como lo hacen los otros afines en Europa, en los reales y potenciales efectos catastróficos para el ser humano y la vida del planeta del uso de la

tres naturales, como terremotos o grandes inundaciones; o Sabotaje.

La oposición al poder nuclear se basa, también, en razones de conservación de energía, económicas y políticas. El uso de las centrales nucleares se justifica para producir más, no para conservar, electricidad y a precios más caros. La investigación nuclear, su uso industrial y el mantenimiento de las centrales son de un alto coste, que financian, en su mayor parte, el Go-

bierno con los impuestos de los ciudadanos; las ganancias, también, son muy altas, pero éstas son para las corporaciones de energética. Además de su discutible rendimiento, proporcionan pocos puestos de trabajo y permiten la centralización de la energía en manos de las grandes corporaciones. La oposición a las armas nucleares, además de la verdad moral, tiene las mismas razones: la industria, altamente automatizada, da pocos puestos de trabajo comparado con otros sectores; el "pacifismo" se carga ahora de activismo práctico: se trata de convertir la economía de guerra en una de paz verdadera.

El movimiento contra el poder nuclear se nutre de activistas de los años 60 y de quienes aprendieron de los logros y los límites de aquel movimiento. Aspira a amplias coaliciones; de aquí que la cuestión nuclear se sitúe en un contexto de luchas obreras y ciudadanas por el pleno empleo, vivienda, transporte, educación y servicio médico adecuados y, en general, por la democratización frente al control, cada vez mayor, de los grandes monopolios. Su estrategia es la acción directa y la educación. Recogiendo la herencia de los años 60, cuenta con equipos de intelectuales experimentados en la investigación de alternativas y en la organización de movimientos de participación ciudadana y de planificación en las comunidades; y tiene ya una impresionante literatura —científica y analítica— sobre las consecuencias catastróficas, en todos los órdenes, de la industria nuclear y las posibilidades y beneficios, humanos y ecológicos, de la promoción de fuentes de energía renovable, segura, limpia y sana, como el sol y el viento, en unidades descentralizadas y bajo control público.

Considerándose parte de un movimiento transnacional, programan para esta primavera, en Washington y San Francisco, concentraciones masivas por una moratoria en la industria nuclear. Sus consignas y pegatinas, "no Nukes", "End the arms race. No the human race", empiezan a hacerse visibles en un ambiente dominado por la contaminación y, en su superficie, por la apatía política. ■